

«Contra academicos», de S. Agustín

ESTUDIO LITERARIO

INTRODUCCION

El siglo iv y principios del v son los tiempos de más desastrosas calamidades que han desolado la Iglesia y el Imperio. Cismas, discordias de generales y de pueblos, invasiones bárbaras, revueltas militares llevan por doquier la ruina y el desastre. Las naciones, sometidas al dominio de Roma se han convertido en cadáveres sobre los cuales los bárbaros, cual aves de rapiña, atraídas por el carnuz y el olor de los muertos, se arrojan para disputarse la presa.

Pero esos mismos siglos son los tiempos de los grandes hombres del Cristianismo, de los más nobles genios religiosos que Dios había reservado en sus providenciales designios para una obra de consolación de la humanidad en aquellos días de lucha y de miseria. Mientras el Imperio se fragmentaba y gemía en los estertores de su agonía, el Evangelio nos ofrece toda una pléyade fecunda de genios. Será un Atanasio en Alejandría, un Hilario de Poitiers en las Galias y un Basilio en Cesarea de Capadocia; un Gregorio Nacianceno y un Juan Crisóstomo ilustrarán las ágoras de Constantinopla, los púlpitos de Milán escucharán las voces de Ambrosio, y Jerónimo dejará escapar sus mensajes desde Palestina, y, finalmente, en el orden de los tiempos nacerá en Africa el águila de Hipona, Agustín, el más dulce, el más elocuente, el más profundo de todos ellos, tras el cual se echarán con toda su tristeza y negrura las noches de los siglos.

Nacido en Sagaste, ciudad sin importancia del norte de Africa en la Numidia proconsular, el 13 de noviembre de 354 ¹, de madre

¹ Cfr. *De beata vita*, 1, 6.

cristiana y de padre gentil, estudia en su ciudad natal las primeras letras, y pasa luego a Madaura, patria de Apuleyo, para continuar sus estudios, donde permanece hasta los diez y seis años. En 370, gracias a la generosidad de su amigo Romaniano ², puede marchar a Cartago. En esta ciudad, centro de la intelectualidad y centro asimismo del placer y de la vida licenciosa, estudia retórica, leyes y filosofía desde el punto de vista literario. Fué entonces cuando leyó el Hortensio de Cicerón ³, en cuya lectura se revolucionó su espíritu y prendió en su corazón un vivo deseo de la sabiduría y de la filosofía. La búsqueda de la verdad espoleará toda su vida y le hará afiliarse en la secta de los Maniqueos y en el escepticismo de la Academia, popularizada por Cicerón.

Hacia el 385 caen en sus manos ciertos escritos de los Neoplatónicos, tal vez Plotino, quizás Porfirio, que le cautivan y le encaminan en la búsqueda de la Verdad, de la Divinidad. Toda su crisis religiosa cae vencida en aras de la verdad en la escena del jardín de Milán, donde por medio de aquellas palabras: «Tolle, lege; tolle, lege», Dios le hace llegar al disfrute completo de la Verdad. Triunfa la fe, se desvanecen las dudas que atormentaran su espíritu, y la confusión y vacilación de su mente son reemplazadas por la calma y la paz del alma. Sucedió esto en el año 386.

El 28 de agosto del año 430 cuando la hordas vandálicas llamaban a las puertas de la ciudad de Hipona, y poco antes de caer la ciudad en poder de los bárbaros, moría San Agustín en medio del llanto de sus hijos.

Los días en Casiciaco

Tenemos noticias del primer escrito de Agustín, aunque por desgracia no ha llegado hasta nosotros. Cuando, joven de veintiséis o veintisiete años, enseñaba retórica en Cartago, hacia el 378 escribió «De apto et pulchro», que dedicó a Hierio, ilustre orador y re-

² Cfr. *Contra Academicos*, II, 2, 3.

³ Cfr. *Confessiones*, III, 4.—*C. Acad.*, I, 1, 4.—*De beat. vit.*, 1, 4; 2, 10. Los pocos fragmentos que poseemos nos los han conservado en sus escritos Nonio y sobre todo San Agustín.

tórico griego que había llegado a Roma desde Siria. Los primeros escritos de la pluma de Agustín que han llegado a nuestras manos son los que compuso en la quinta de Casiciaco.

La escena del jardín de Milán había ocurrido pocos días antes de terminar el curso. Agustín esperó a los días de vacaciones para retirarse de aquella cátedra de mentira: tal vez se había cansado mucho en las clases, quizás el estado de su salud no era tan bueno como deseara, quizás la humedad del clima de Milán le había ocasionado una bronquitis aguda que le impediría hablar en voz clara y sostenida. El mismo S. Agustín nos habla del estado de su salud ⁴. Así que acabados los días últimos de curso, Agustín libre de todas las ataduras mundanas, pudo en el retiro y en el silencio prepararse a recibir la aguas regeneradoras del bautismo.

Uno de sus amigos, Verecundo, profesor en Milán como él, poseía en los alrededores de la ciudad una casa de campo, una quinta o villa llamada Cassiciacum. Este se la ofreció a Agustín para pasar las vacaciones y Agustín se retiró allí con un pequeño grupo de amigos, entre los que estaban su madre, su hijo Adeodato, su hermano Navigio, Alipio el más incondicional de sus amigos de siempre y algunos otros.

Aunque Agustín no nos ha dejado ninguna descripción topográfica de la quinta, el lugar, sin duda, era ameno y placentero. Cerca del balneario se extendía una pradera, sombreada de altos castaños. El pecho del profesor, debilitado por las tareas de la cátedra y la humedad del clima milanés, sintió alivio en la atmósfera campestre y pura de Casiciaco. Cuerpo y alma agradecieron la caricia del reposo en aquel lugar, donde podía escuchar desde el lecho la canción monótona del agua ⁵ y respirar a pulmones desplegados el aire de los Alpes.

En el dulce retiro de Casiciaco todos compartían mesa y gozo común, bajo la dirección de Agustín, a quien Verecundo había hecho vílico de la finca, confiándole la vigilancia sobre el trabajo de los operarios ⁶. Mónica, naturalmente, estaba encargada del gobier-

⁴ *Confes.* IX, 2, 4.—*C. Acad.* I, 1, 3.—*De beata vita* 1, 4.

⁵ Cfr. *De ord.*, I, 3, 6.

⁶ *C. Acad.*, I, 5, 15.

no de la casa: y desempeñaba sus funciones con una bondad y una abnegación conmovedoras: «Ita curam gessit quasi omnes genuisset; ita servivit quasi ab omnibus genita fuisset»⁷.

Como encargado de la quinta, Agustín debía trabajar mucho. Madrugaba con el día, recorría la heredad, vigilaba el trabajo de los campesinos, despachaba la correspondencia, y distribuía cada mañana el trabajo a los operarios, invirtiendo en ello gran parte del día⁸.

El tiempo que le quedaba libre lo dedicaba al estudio, que aunque parezca extraño, no se limitaba al solo estudio y lectura de los libros sagrados, sino que solía ser de retórica y de gramática. En realidad, apenas si ha cambiado Agustín la vida de Milán; continúa en Casiciaco sus labores docentes de retórica, con la única diferencia de que aquí a la enseñanza de la gramática y retórica une ahora el estudio de la filosofía, que él considera como una recompensa y una distracción para sus alumnos cuando está contento con ellos.

Las disputas tenían lugar en el campo⁹, si el tiempo era agradable, o en la sala de baño¹⁰, si hacía mal tiempo. En el verde prado, al pie de un árbol, se iniciaba la clase a la que asistía un estenógrafo —*notarius*— que iba recogiendo taquigráficamente las conversaciones. El maestro proponía una cuestión y todos tomaban parte en la discusión. Hasta Mónica hablaba y tomaba parte en los problemas, y sus palabras eran siempre tan justas y adecuadas que Agustín las escuchaba admirado: «Nam et feminae sunt apud veteres philosophatae et philosophia tua mihi plurimum placet»¹¹. La participación de Mónica en las discusiones filosóficas sobre la vida feliz, el orden del Universo, el problema del bien y del mal, es un hecho nuevo y muy importante en la historia de la cultura. Agustín se nos presenta como un patrocinador de la cultura femenina. La admiración de Agustín ante su madre, dejando a un lado lo que pudiera haber de apasionado como hijo, no carece de fundamento: veía en ella una mirada limpia, alta y lejana, sin estrabismos, y re-

⁷ *Confes.*, IX, 22.

⁸ *C. Acad.*, III, 2, 2.

⁹ Cfr. *De ord.*, II, 1, 1.

¹⁰ Cfr. *De ord.*, II, 6, 9.

¹¹ *De ord.*, I, 11, 31.

conocía la más egregia prerrogativa del sabio, lo que llamaría Platón «la penetración amorosa y simpática de la Verdad, *φιλία καὶ συγγένεια τῆς ἀληθείας*».

Además de la filosofía se leía y se explicaba en el dulce retiro de Casiciaco la literatura clásica. Los amigos leían con sumo agrado los autores clásicos: un día Agustín explica antes de la comida un libro entero de Virgilio, prosiguiendo la lectura de los libros restantes en días siguientes ¹². Los jóvenes que allí había animaban y hacían viva y brillante la conversación: uno de ellos era poeta. Agustín define a dicho joven, Licencio, como un pájaro que vuela sin cesar y no se posa en ninguna parte. Un día pone en verso las aventuras de Píramo y Tisbe ¹³ que deja sin concluir para dedicarse a traducir los trágicos griegos. Otro día lleno de admiración hacia los himnos de la Iglesia canta desde la mañana a la tarde con su hermosa voz, y luego se entusiasma por la filosofía y proclama: «*Pulchrior est philosophia, fateor, quam Tysbe, quam Pyramus, quam illa Venus et Cupido, talesque omnimodi amores*» ¹⁴.

Se ha comparado a Agustín y la pequeña comitiva de Casiciaco a Cicerón y sus amigos filósofos en Tusculum, o tal vez más acertadamente, según a sugerido Gibb, podríamos ver en las disputas de Casiciaco un precedente de «*A Reading Party from an English University*» ¹⁵. Agustín en la villa de Verecundo hace las veces de amigo, de filósofo y de tutor. En medio de los estudios de la filosofía había también interludios de descanso, disfrutando de los encantos de la vida del campo ¹⁶, lecturas literarias ¹⁷, y de parte de San Agustín una vida de oración, de silencio y devoción en la comunicación con Dios ¹⁸.

¹² Cfr. *C. Acad.*, I, 5, 15.—*De ord.*, I, 8, 26.

¹³ Cfr. *De ord.*, I, 3, 8.—Alúdese a la célebre tragedia de los dos amantes de Babilonia, Píramo y Tisbe, «el uno el más gallardo de los jóvenes y la otra la más hermosa de las doncellas que tuvo el Oriente». Ovidio poetizó su fábula en las *Metamorfosis*, L. IV, fáb. 1:

¹⁴ *De ord.*, I, 8, 21.

¹⁵ Cfr. GIBB, J., and MONTGOMERY, W., *The Confessions of Augustine*. Cambridge, 2 ed. 1927, Introduction, lix.

¹⁶ Cfr. *C. Acad.*, II, 4, 10.

¹⁷ Cfr. *C. Acad.*, II, 4, 10.

¹⁸ Cfr. *De ord.*, I, 3, 6.—*Ibd.* I, 8, 22.—*Ibd.* I, 8, 25.

Obras filosóficas

Si exceptuamos el libro de «De apto et pulchro», compuesto, según decíamos arriba, en Cartago y dedicado al retórico Hierio¹⁹, las obras filosóficas de San Agustín pertenecen al período que precede o sigue inmediatamente al bautismo. Cuatro de ellas: «Contra Académicos», «De beata vita», «De ordine» y «Soliloquia», fueron escritas en Casiciaco, la quinta que Verecundo poseía en las afueras de Milán y que puso cortésmente a disposición de Agustín.

En aquel dulce retiro que duró cerca de siete meses, disfrutó Agustín de una vida de paz y de contemplación, de un oasis de felicidad, y fué para su alma un lavado de regeneración espiritual. Se realizó su sueño dorado, tantas veces y tan ardientemente deseado, de una vida común en compañía de unos pocos y fieles amigos. Frente a su alma se alzaba no el torbellino de las pasiones o de las dudas terribles, sino la calma dulce y la clara luz de la salud: tras la furiosa tempestad del océano, Agustín se refugia en la segura tranquilidad del puerto. En aquella joven academia de Casiciaco se respiraba un aire de infinita dulzura; allí se gozaba realmente del divino encanto de la más luminosa y suave de las escenas que creara y pintara la encendida fantasía de Platón en sus Diálogos.

Un pequeño accidente daba pie a discusiones y digresiones. «El rumor del agua que corría junto a los baños, despeñándose entre las piedras con un ruido alternante y desigual»²⁰ dió argumento a Agustín para demostrar el orden establecido por la Providencia en el Universo. Otra vez es la lucha de dos gallos lo que le sugiere la idea de la armonía de las cosas²¹. Un día en sus paseos los muchachos encuentran una lombriz; la dividen por medio y notan con admiración que las dos mitades siguen viviendo. Piden la explicación al maestro el cual a su vez no regatea su asombro. La seccionan en nuevas partes, las cuales se mueven con una vida autónoma. Es un enigma el alma de los animales, pero tam-

¹⁹ Cfr. *Conf.* IV, 13-15, 20-27.

²⁰ Cfr. *De ord.*, I, 3, 6.

²¹ Cfr. *De ord.*, I, 8, 25.

bién conviene al espíritu encararse con enigmas para cultivar el sentimiento reverencial del misterio y de la docta ignorancia ²².

Del género de vida esencialmente contemplativa de Casiciaco y de las disputas que se agitaban cada día en torno a graves argumentos filosóficos en el seno de aquella academia cristiana, tal vez tengan su origen algunas obras que se leen todavía con vivo interés y con profundo gozo para el espíritu. La primera de las obras que nacieron en aquella dulce paz y retiro de Casiciaco se titula «Contra Academicos», y consta de tres libros.

Como nuestro estudio se va a limitar por completo a las figuras retóricas, y no a todas, pues su estudio por somero que fuese nos llevaría muy lejos de nuestro fin, vamos a hacer caso omiso de su contenido filosófico y vamos a pasar inmediatamente a la visión externa de la obra.

CONTRA ACADEMICOS

La obra de que nos vamos a ocupar está escrita, como todas las escritas en Casiciano, en forma de diálogo, que había renacido en Grecia y en el Occidente en la primera y segunda centuria de nuestra era. El cristianismo adoptó muy pronto este género literario y lo empleó para la defensa, explicación y difusión de sus doctrinas. Algunos de los diálogos de los autores cristianos que se nos conservan son diálogos fingidos, meras formas externas de un fondo doctrinal, que nunca se discutió entre las personas que intervienen, mientras que otros son reproducción exacta de conversaciones mantenidas. Aunque el diálogo cristiano difiere, como es natural, en el asunto de los diálogos griegos y paganos, la forma y estructura de todos ellos es la misma.

De entre los cristianos anteriores y contemporáneos de S. Agustín, que usaron el diálogo como expresión de su doctrina, podemos mencionar a Minucio Félix que escribe su «Octavius», a Tertuliano que compone su «Apologeticus», Lactancio, que escribió una obra titulada «Symposium» que ha desaparecido, y a San Jerónimo que en sus primeros años compuso algunas obras en forma de diálogo.

²² Cfr. *De quantitate animae*, XXXI, 62-63.

El Octavius de Minucio Félix y los Diálogos de Casiciaco ocupa un lugar muy elevado en la literatura cristiano-latina. En los de San Agustín echamos fácilmente de ver la tradición clásica literaria en que se había formado en las escuelas de Madaura y Tagaste, y durante los años que explicó retórica y gramática en Roma y en Milán. Sin gran esfuerzo podemos entrever el gran papel que en Agustín ejerció, Cicerón cuyo nombre aparece frecuentemente en sus páginas. A pesar de la influencia ciceroniana, los diálogos de Casiciaco muestran una independencia en cuanto al tema, su desarrollo y su estilo. En los diálogos la fuerza de la dialéctica es a menudo interrumpida por el carácter particular de los participantes en las discusiones y la pintura de su vida diaria. Las digresiones aumentan el encanto y el valor estético de estos tratados. Ese atractivo, junto con la pureza de dicción y un estilo fácil y gracioso, hace que podamos considerar los diálogos de Casiciaco como una de las producciones artísticas de la literatura latina.

Figuras de Paralelismo

Antes de hablar de las figuras de paralelismo hemos de distinguir dos clases bien distintas de paralelismos: paralelismo de ideas y paralelismo de palabras. Es decir: el primero afecta más a la forma interna de la obra, a las ideas mismas que componen el escrito, mientras que el segundo se limita sobre todo a las palabras, a los sonidos de las mismas; el uno considera las palabras como expresión de las ideas y el otro las examina simplemente como sonidos articulados por los órganos de la fonación.

Del paralelismo de ideas —tan esencial a la poesía semítica y tan característico en la Sagrada Escritura— hablaremos al final. Ahora nos vamos a detener en el estudio del paralelismo de palabras en relación con el Diálogo «Contra Academicos».

Entendemos por figuras de paralelismo las producidas por la simetría y semejanza en las formas adyacentes. Las más conocidas son las siguientes: el párison, homoiotéleuton, antitesis, isókolon y kiasmo. Las tres primeras suelen llamarse figuras gorgianas, por estar relacionadas con Gorgias de Leontini, que fué quien les introdujo en la prosa griega.

Las así llamadas figuras gorgianas y otros parecidos artificios retóricos se encuentran en todos los períodos de la literatura griega a partir de Gorgias, pero fueron especialmente empleadas y usadas abusivamente por los filósofos de la Segunda Sofística. Sobre este particular y sobre la influencia de la Segunda Sofística en la literatura greco-cristiana de los Sermones de los Padres Orientales puede verse la obra de Campbell ²³.

Bajo la influencia de la retórica griega —influencia que veremos reflejada en toda la Oratoria latina, con sus dos tendencias asiática (Q. Hortensius Hortalus será el principal representante en Roma) y aticista (los neotéricos, que imitarán los modelos de Lisias y Tucídides) dichas figuras se introducen en la literatura latina. Aquí, al igual que en la literatura griega, cuando su uso fué moderado y se contuvo dentro de una justa prudencia y según lo exigían las circunstancias, produjeron efectos artísticos y comunicaron a la prosa una gracia, una belleza y una elegancia extraordinaria.

Quintiliano ²⁴ nos habla de esas figuras a las que añade el homoióptoton, como una variante del homoiotéleuton. Allí mismo nos da cuenta del uso o mejor del abuso que de ellas hicieron Gorgias e Isócrates, y del gusto moderado que por ellas sintió Cicerón, que supo comunicar cierta gravedad al asunto que carecía de importancia, valiéndose del peso de las sentencias.

Párison

Según Quintiliano, tenemos párison «quotiens verbo verbum aut non dissimile valde quaeritur, aut certe par et extremis syllabis consonans» ²⁵. Sin embargo, a renglón seguido dice «Theo Stoicus πάρισον existimat quod sit e membris non dissimilibus» ²⁶. El punto de vista de los antiguos no es del todo uniforme en la apreciación de que sea exactamente esa figura, si bien todos coinciden en afir-

²³ CAMPBELL, *The influence of the second sophistic on the style of the Sermons of St. Basil the Great*. Washington, D. C., 1922.

²⁴ *De Inst. Orat.*, IX, 3, 76 sg.

²⁵ QUINT. *De inst. orat.*, IX, III, 76.

²⁶ QUINT., *ib.*

mar que en el párison hay una semejanza en la estructura de las sentencias sucesivas o en los miembros de una sentencia.

No vamos a entrar en discusión ni queremos analizar las formas diferentes de párison que idearon los mismos sofistas para evitar la monotonía que se originaba de un sistemático uso en la estructura de la frase. Además que algunas de las formas que ellos admiten de párison, nosotros las vamos a considerar como verdaderos paralelismos de ideas más bien que de palabras: p. ej. el párison antitético.

San Agustín emplea el párison bastantes veces, pero nunca con exceso, como veremos. Al igual que sus modelos griegos, Agustín muestra una destreza en evitar la monótona igualdad que ocasiona el uso excesivo en la estructura semejante de las frases o cláusulas, sin sacrificar por eso el paralelismo. Para eso cambia a veces el orden de las palabras, prolonga o disminuye el número de sílabas, y a veces introduce elementos antitéticos o kiásticos en la estructura general. Con frecuencia Agustín consigue un efecto artístico maravilloso intercalando otras figuras, tales como la epanáfora y el homoiotéleuton. Todos estos artificios retóricos son empleados tan sabiamente y tan admirablemente adoptados al espíritu y pensamiento de la frase que por un lado les comunican belleza y sublimidad, y por otro fuerza y claridad.

Veamos ahora algunos de los muchos que se encucuentran al través de la obra de que nos ocupamos. No haremos más que reproducir las frases sin entrar en ningún comentario, ya que no intentamos más que ver los casos de párison, como luego de las otras figuras de paralelismo.

C. Acad. I, 1, 3: Quidquid mortalibus oculis cernitur.
quidquid ullus sensus attingit.

C. Acad. II, 2, 3: Hortatione animasti.
o p e a d i u u i s t i .

C. Acad. II, 2, 5: Quae hominum pompa.
qua inanis famae cupiditas.

C. Acad. III, 10, 23: Relinque quod scis,
dic quod nescis.

C. Acad. III, 11, 26: Hoc mihi candidum videri scio,
hoc auditum meum delectari scio,
hoc mihi iucunde olere scio,

hoc mihi sapere dulciter scio,
hoc mihi esse frigidum scio.

C. Acad. III, 20, 44: Quod tam facete aspera,
tam fortiter desperata,
tam moderate conuicta,
tam dilucide obscura tractata sunt.

C. Acad. II, 1, 1: Hinc tibi metuo,
hinc te cupio liberari.

C. Acad. II, 2, 4: Tam magno es elatus gaudio,
tam sancto huius vitae inflamamtus ardore.

C. Acad. III, 20, 44: Quid enim nobis hoc sermonis lepore iucun-
dus,
quid sententiarum gravitate perpensus,
quid benivolentia promptius.
quid doctrina peritius?

Los primeros pertenecen al párrafo perfecto, en que hay una correspondencia más completa en la estructura, mientras que en el simple o imperfecto se admite una mayor diversidad en las frases paralelas.

Homoiotéleuton

Siguiendo en todas estas definiciones a Quintiliano, tenemos lo siguiente: «Secundum ut clausula similiter cadat, syllabis isdem < in > ultimam partem conlatis ὁμοιοτέλευτον < sive > similem duarum finem»²⁷. Es por tanto una forma de paralelismo en la cual hay una correspondencia de sonido en la conclusión de frases o cláusulas sucesivas. Sin duda alguna, muchos ejemplos que se podrían aducir como casos de homoiotéleuton son figuras per accidens, es decir, sin ninguna intención estilística, ya que el carácter de la lengua griega y latina se presta para esos finales de cláusula por su marcada inflexión en los casos y en los tiempos. Solamente constituyen verdaderas figuras cuando se combinan con cierta si-

²⁷ *De Inst. Orat.*, IX, 3, 77.

Homoióptoton

Intimamente emparentada con la figura anterior, si bien diferente es el homoióptoton. Si de nuevo abrimos las Instituciones de Quintiliano nos encontramos con lo siguiente: «Tertium est quod in eisdem casus cadit: ὁμοιόπτωτον dicitur. Sed neque quod finem habet similem, utique in eundem venit finem ὁμοιόπτωτον, quia ὁμοιόπτωτον est tantum casu simile etiam si dissimilia sint quae declinentur, nec tantum in fine deprehenditur, sed respondentibus vel primis inter se vel mediis vel extremis vel etiam permutatis his, ut media primis et summa mediis adcommodentur, et quocumque modo adcommodari potest»²⁹. Como se ve dicha figura consiste en que las cláusulas acaben en los mismos casos, para lo cual no se precisa que concluyan en los mismos sonidos, ya que las declinaciones tienen cada una sus temas y sus terminaciones propias para los mismos casos. De ahí también lo que continúa diciendo Quintiliano: «Nec enim semper paribus syllabis constat, ut est apud Afrum: «amisso nuper infelicis auleis non praesidio inter pericula, tamen solatio inter adversa»³⁰.

Nos es muy fácil imaginar que en una lengua como la griega y la latina esa figura será muy frecuente, al menos si consideramos todos los casos en que se dan unas terminaciones semejantes en los casos, ya que el carácter flexivo de dichas lenguas se presta mucho para eso. Nosotros hemos optado por indicar tan sólo la existencia de dicha figura en las obras, en «Contra Academicos», más bien que llenar unas cuantas páginas con ejemplos que se podrían explicar como meras coincidencias.

Isócolon

El isócolon, como indica su nombre, es la figura que consiste en que los miembros de una frase *κῶλα* tengan igual número de sílabas. Quintiliano nos dirá: «Est quartum, membris aequalibus, quod

²⁹ *De Inst. Orat.*, IX, 3, 78.

³⁰ *De Inst. Orat.*, IX, 3, 79.

ἰσόκωλον dicitur»³¹. Los antiguos retóricos tratan del párison y del isócolon por separado, pero se deduce de la misma definición que el isócolon implica al mismo tiempo una semejanza en la estructura y una igualdad en el número de sílabas en las frases o en las cláusulas finales.

Como se puede sospechar es una figura muy artificiosa, de ahí que no nos sorprenda que su uso sea muy limitado, y en consecuencia haga falta una intención expresa de empleo, como nos ocurre con la prosa castellana cuando a veces resulta rimada.

Ese balanceo silábico del isócolon atrae la atención del lector y comunica cierta gracia a las ideas que contienen las frases o *κῶλα* tan artificialmente yuxtapuestas.

Ejemplos de isócolon podemos verlos en algunos de los apuntados como casos de párison, y en algunos de los que luego indicaremos como paralelismo de ideas.

Kiasmo

El kiasmo y párison kiásmico se confunden a veces entre los autores ya que el concepto de ambos es muy parecido, por no decir idéntico. Nosotros vamos a considerarlos aquí con el mismo significado. Consisten ambos en que la posición de una palabra, frase o grupo de palabras están invertidas en frases sucesivas. Podemos ilustrar la definición con los llamados «versus anacyclici», que junto con otros artificios externos de la poesía tanto florecieron en el siglo IV, tan pobre en temas nuevos como fecundo en originalidad de formas. Sirva de ejemplo estos versos de Publilio Porfirio Optaciano:

«Blanditias fera mors Veneris persensit amando,
Permisit solitae nec Styga tristitiae.
Tristitiae Styga nec solitae permisit, amando
Persensit Veneris mors fera blanditias».

El kiasmo, no consiste expresamente en el empleo de las mismas palabras invirtiendo el orden — como si se usara la escritura en su forma *βου-στροφῆδόν* — sino en ese mismo orden inverso de pala-

³¹ *De Inst. Orat.*, IX, 3, 81.

bras de igual sonido o significación, del tipo que encontramos en el mismo San Agustín:

«Perfectius eam contemplantur intellegendo et vivendo custodiunt eam diligentius». De ord., II, 8, 25.

Los retóricos griegos y romanos parece que no empleaban este nombre si bien nos dan ejemplos de dicha figura, Quintiliano ³² no emplea tampoco ese nombre en los ejemplos que nos ofrece en su *Institutio Oratoria*.

El uso que hace San Agustín de esta figura es muy parco, ya que como se puede suponer es un artificio muy rebuscado. Veamos algunos de los pocos ejemplos que nos ofrece:

C. Acad., II, 2, 5: Pretiosissimi unguenti guttas paucissimas.

C. Acad., II, 7, 18: Non inveniendo verum, sed certe non quaerendo.

C. Acad., III, 4, 9: Transibo in tuam partem controversiamque finiemus.

C. Acad., III, 9, 21: Scimus enim aut veram esse aut falsam, non igitur nihil scimus.

C. Acad., I, 8, 22: Si ei divinationem concedat, adimat res divinas.

C. Acad., III, 11, 25: Aut unam esse, aut non esse unam.

Paralelismo de ideas

Hasta ahora hemos hablado del paralelismo de sonidos, de palabras en cuanto son simples, es decir independientemente de las ideas que representan. Ahora nos vamos a ocupar de ese paralelismo más íntimo, que caracteriza a la poesía semítica, y también, según dice Gonzague de Reynold, a la antigua poesía irlandesa: «La antigua poesía en irlandés sólo se distingue de la prosa por cierto paralelismo y el retorno de determinadas cadencias» ³³. Ese paralelismo de ideas tan rico y abundante en los Salmos también encontró en San Agustín un verdadero cultivador, si bien no en sus primeras obras. Lo encontramos sobre todo en las Confesiones, de

³² *De Inst. Orat.*, IX, 3, 82.

³³ *El mundo bárbaro y su fusión con el romano*, pág. 233. Madrid, 1952.

tal manera que Plath, que considera las Confesiones como «der Psalter Augustins», escribe: «Es ist der Stil der Psalmen, in dem Augustin lebt»³⁴.

Zepf, otro de los que se han ocupado de ese paralelismo bíblico en las Confesiones, opina que no hay ninguna relación directa entre las Confesiones y los Salmos. Para él las Confesiones son el τέλος de un género clásico, del himno religioso autobiográfico. A pesar de todo escribe a propósito de la forma de las Confesiones: «Den antiken anaphorischen Hymnen und Gebetsstil... hat er hier gänzlich vermieden. Aber dasselbe Ziel einer hieratisch-einfachen Strenge erreicht er durch die μέγιστος der Psalmensprache. Parataktische Satz-Konstruktionen, semistischer Parallelismus membrorum»³⁵.

Sea de esto lo que fuere, es cierto que en San Agustín encontramos unas formas de paralelismo muy semejantes a las que encontramos en la Biblia, y en concreto en los Salmos. Para mejor estudiar dichas formas en el libro de que nos ocupamos, vamos a señalar las tres formas de paralelismo tal como se viene haciendo por los autores que estudian dichas formas.

Así pues, en todo paralelismo, una idea ya expresada se repite inmediatamente —en eso consiste el paralelismo—, ya sea con palabras que tienen más o menos el mismo sentido —parallelismus synonymicus—, ya negando lo contrario —parallelismus antitheticus— ya señalando una consecuencia natural o una circunstancia que se implica fácilmente allí mismo —parallelismus syntheticus vel progressionis—.

A.—Cuando en la Sda. Escritura, en el Salmo 36, 1-2 leemos:

1. Noli aemulari in malignantibus,
neque zelaveris facientes iniquitatem;
- 2.—quoniam tanquam foenum velociter arescent,
et quemadmodum olera herbarum cito decident.

nos encontramos con un doble parallelismus synonymicus, pues en cada versillo repite la misma idea en la frase siguiente. En San

³⁴ *Die Konfessionen Augustins* en: *Kunstwerk, en Deutsch-Evangelische Blätter* XXVI (Halle 1901), 561.

³⁵ *Augustins Confessiones*, Tübingen, 1926, pág. 67.

Agustín encontramos un tipo de este paralelismo en sus Confesiones ³⁶, donde tenemos:

«haec tunc nesciebam et non advertēbam».

Como vemos repite la misma idea dos veces, con palabras diferentes, ciertamente, pero que tienen casi el mismo significado.

B.—En las mismas confesiones —continuamos con ellas por esa especie de comunidad de forma que se encuentra en los Salmos y en las Confesiones, según hemos apuntado arriba, siguiendo a Plath— tenemos lo siguiente:

«Differebam de die in diem vivere in te, et non differebam cotidie in memetipso mori» ³⁷.

En estas palabras tenemos otra clase de paralelismo. San Agustín ha expresado un pensamiento, que termina luego con una antítesis. Lo podemos comparar con el versillo 9 del mismo salmo 36, donde leemos:

«Qui malignantur exterminabuntur,
sustinentes autem dominum, ipsi hereditabunt terram».

Es el llamado parallelismus antitheticus.

C.—Encontramos la otra forma de paralelismo en el siguiente trozo:

«Et liberas a miserabilibus erroribus
et constitues nos in via tua» ³⁸.

Los dos pensamientos no son idénticos ni antitéticos, sino que se complementan, son como una consecuencia el uno del otro. Cuando Dios saca a uno de sus errores es para conducirlo al buen camino, y eso es lo que dice ahí el autor de las Confesiones. Semejante a ese caso es el siguiente de los Salmos:

³⁶ *Confes.* III, 7, 14.

³⁷ *Confes.*, VI, 11, 20.

³⁸ *Confes.*, VI, 16, 26.

«Lex domini immaculata convertens animas:
testimonium domini fidele, sapientiam praestans parvulis».
Ps. 18, 8.

Esta clase de paralelismo es el llamado *Parallelismus syntheticus*.

Una vez expuestas las diferencias que hay entre las varias clases de paralelismos, vamos a ver los que se encuentran en «*Contra Academicos*». Como siempre sólo mencionaremos algunos por no ser posible una lista completa.

Paralelismos sinonímicos

- C. Acad., I, 1, 3: Quidquid mortalibus oculis cernitur
quidquid ullus sensus attingit.
- C. Acad., III, 15, 33: Ubi est probabile?
ubi est veri simile?
- C. Acad., II, 2, 5: Quae hominum pompa,
quae inanis famae cupiditas.
- C. Acad., II, 2, 4: Tan magno es elatus gaudio,
tam sancto huius vitae inflammatus ardore.
- C. Acad., III, 15, 34: Non solum eum puto errare qui falsam viam
sequitur, sed etiam eum qui veram non
sequitur.
- C. Acad., I, 1, 2: Indubitanter peteret,
Indubitanter hauriret.

Paralelismos antitéticos

- C. Acad., III, 11, 25: Sive dormientes, sive furentes,
sive vigilantes, sive sani.
- C. Acad., III, 11, 26: Nunc dulce quippiam,
nunc amarum.
- C. Acad., III, 13, 29: Contemnendo et non miserendo fame enecet.
- C. Acad., III, 8, 17: Nam si hoc adversarius meus dixerit, vincam
gloria; si autem erubescens confessus..., vin-
cam sententia.
- C. Acad., III, 4, 9: Non eius solutio,
sed alterius obiectio.

- C. Acad., III, 10, 23: Relinque quod scis,
dic quod nescis.
- C. Acad., III, 13, 29: Si verum est, falsum est,
si falsum est, verum est.
- C. Acad., III, 15, 34: Non solum eum puto errare qui falsam viam
sequitur, sed etiam eum qui veram non se-
quitur.

Paralelismos sintéticos

- C. Acad., II, 2, 4: Hortatione animasti,
ope adiuvisti.
- C. Acad., III, 11, 26: Hoc mihi candidum videri scio,
hoc auditum meum delectari scio,
hoc mihi iucunde olere scio,
hoc mihi sapere dulciter scio,
hoc mihi esse frigidum scio.
- C. Acad., II, 1, 1: Hinc tibi metuo,
hinc te cupio liberari.
- C. Acad., II, 2, 4: Tu animasti,
tu impulisti,
tu fecisti.
- C. Acad., II, 7, 18: Non inveniendo verum,
sed certe non quaerendo.
- C. Acad., III, 4, 9: Transibo in tuam partem
controversiamque finiemus.

Hemos indicado tan sólo los más claros ejemplos de paralelismo de ideas: algunos de ellos tal vez no parezcan muy claros, pero a poco que se examinen las palabras se verá claro el paralelismo. ¿Cuáles de ellos son intencionados en la mente de Agustín? No es fácil responder a eso, máxime cuando vemos que su empleo es más frecuente de lo que creemos.

Y con esto terminamos este breve estudio sobre una parte muy reducida de la obra de San Agustín, y dentro de ella sobre un aspecto muy limitado en el campo de las figuras retóricas. Como decíamos al principio, un estudio completo y exhaustivo de una obra cualquiera agustiniana desde cualquier punto de vista que se le considerara, nos llevaría muy lejos y nos ocuparía durante mucho tiempo.

FR. JOSE OROZ.